

DE OFICIO, C

escribe: LUIS CARANDELL
fotos: XAVIER MISERACHS



CADAQUÉS

Veranear en Cadaqués no consiste en pasar el verano junto al mar. Es un veraneo con participación. Algo así como tener un oficio.



DECIA José Pla que Cadaqués «tiene aspecto de haber sido un mal negocio». Esta expresión, tan típicamente catalana, refleja con mucha exactitud la realidad prosaica de este pueblo bellísimo, situado al borde del mar, en un lugar difícilmente accesible por tierra. No debe haber sido fácil, históricamente, vivir en Cadaqués y, sin embargo, desde que, al parecer a fines del primer milenio, los Condes de Ampurias establecieron allí un baluarte defensivo que fue el núcleo inicial del pueblo de pescadores, los hombres no lo han abandonado. Algo tiene Cadaqués cuando, mil años más tarde, conserva todavía con cierto orgullo socarrón la personalidad de su arriesgada historia y cuando sus veraneantes, lejos de considerarse turistas, convierten su estancia en Cadaqués en una dedicación apasionada. («Cadaqués es mi oficio».) Tal vez sea este activismo veraniego la nota dominante del Cadaqués de nuestros días, su rasgo diferencial respecto de la inmensa mayoría de los pueblos de ▶

la costa española, hoy sepultados bajo bloques de cemento y poblados por un turismo anodino. Demuestra en todo caso hasta qué punto puede llegar a politizarse el paisaje. Pero la conservación de Cadaqués en estado casi puro («para los standards», como dirían los ingleses) se debe a una serie de coincidencias. La pequeña península del Cabo de Creus, en una de cuyas bahías se encuentra Cadaqués, está separada del continente por una sierra abrupta que, históricamente, ha dado a Cadaqués un cierto carácter insular, y en la cual, aún hoy, el automovilista tiene ocasión de lucir sus habilidades. De este modo, Cadaqués ha quedado apartado de las rutas normales del turismo. Es un lugar al que hay que ir ex profeso. El viaje a Cadaqués no es «un viaje de placer» en el sentido del turismo a la americana. Y tampoco el lugar es precisamente «placentero» con arreglo a los cánones de una mentalidad de agencia de viajes. La temporada es corta. A fines de agosto, los días son ya desahuciables, a menudo ventosos, con frecuentes tramontanas. Playas no hay, a no ser que quiera llamarse playas a las pequeñas calas de guijarros negros que se clavan en la espalda del más voluntarioso amante de los baños de sol. La infraestructura es algo así como de tiempo de guerra. Por no haber, no hay agua siquiera. Periódicamente hace su entrada en la bahía de Cadaqués un barco con bandera panameña. Es el barco del agua, que trae su mercancía desde San Pedro Pescador y llena con las viejas mangueras los depósitos del pueblo.

Un paisaje lunar

Todas estas cosas son interpretadas en Cadaqués como elementos que han permitido que se conservara su encanto. Es cierto (aunque, personalmente, sospecho que la proyectada traída del agua, desde Port de la Selva, no ha de restarle ninguno). Si en Cadaqués hubiera playas de fina arena, en las que pudieran tumbarse al sol tres generaciones de centroeuropeos llegados por «agencia», Cadaqués no sería como es ahora. Su situación geográfica, su paisaje espectral lo defienden de cualesquiera excesos de la sociedad de consumo. Al turista convencional no le gustaría este paisaje en que predominan los tonos negros de la pizarra. Las **parets seques**, o muros de contención, construidos en pizarra, formando a manera de terrazas en la ladera de la montaña, han detenido algo la erosión, ya consumada en muchas partes. Pero la filoxera desdobló las viñas, y las heladas del cincuenta y seis diezmaron los olivos. Hoy, el paisaje de Cadaqués es de piedra viva, de piedra negruzca.



Algo tiene Cadaqués cuando, mil años más tarde, conserva con cierto orgullo socarrón la personalidad de su historia y sus veraneantes convierten su estancia en Cadaqués en una dedicación apasionada: Cadaqués, «mi oficio», podríamos decir.

José Pla, con su prodigiosa capacidad para describir los colores, ha podido decir que este paisaje «viste de medio luto». Es exacto, y la belleza de Cadaqués reside, en gran medida, en el contraste entre el blanco de cal de las construcciones que rodean la bahía y el medio luto de la señora tierra. Para seguir citando autoridades, he aquí cómo Salvador Dalí lo ha descrito: «Es uno de los lugares más áridos, minerales y planetarios del mundo. Las mañanas le ofrecen una alegría salvaje y amarga, ferozmente analítica y estructural; los crepúsculos son a menudo morbosamente tristes...». Y bastaría la opinión de estos dos ilustres catalanes, tan ligados a Cadaqués, si no fuera porque, el otro día, un tercer personaje me hizo una descripción todavía más reveladora respecto del paisaje de esta costa negra de Cadaqués, Port Lligat y el Cabo de Creus. Me refiero a la **Pepita**, la dueña del pequeño y delicioso restaurante **La Gallota**, nombre evocador de la brillante tradición de las galeotas cadaquenses que, en tiempos pasados, hicieron de esta bahía un emporio del comercio (y del contrabando). La **Pepita** es una mujer adusta, de pocas palabras, o al menos muy bien administradas, pero le debimos caer bien, porque se quedó charlando con nosotros mientras nos atendía. Bromeando, no sé cómo, le preguntamos a la **Pepita** si no le gustaría ir a la **Luna**, ahora que estaba tan de moda. «**A la luna?**», dijo ella. Luego preguntó: «**No han estat mai a Cap de Creus, vostès?**». Y añadió, tras reflexionar un momento: «**Doncs, Cap de Creus es igual, igual que la luna.**».

Las reglas del juego

Cadaqués es un logro de la burguesía catalana en un paisaje lunar. Entendámonos. No de toda la bur-

guesía catalana. Lo más burgués sigue siendo veranear en el recinto cerrado de S'Agaró, recordando los gloriosos días de mister Selwyn Lloyd y don Pedro Gual Villalbi. Para veranear en Cadaqués hace falta ser algo más que un barcelonés de clase alta. Tampoco basta ser sencillamente arquitecto. Desde luego, se puede veranear en Cadaqués sin ser de clase alta, pero en ese caso hay que ser pintor o crítico literario o tener una tienda de modas. O bien, hay que ser un tipo muy especial de arquitecto.

Veranear en Cadaqués imprime carácter. Un cierto carácter navegante. Apenas se concibe un veraneante de Cadaqués sin barca. La diferencia puede estar más bien en su tamaño, o en tener o no un barquero que se la cuida. La bahía sirve de puerto natural a una numerosa flota deportiva. Hacia las doce del día, la gente sale en sus barcas en busca de una cala libre a lo largo de la costa hasta el Cabo de Creus. Hay un **gentlemen agreement** tácito de no desembarcar en una cala ocupada por otro grupo. Las calas son de proporciones reducidas y la presencia de extraños podría estropear la fiesta. La fiesta, quiero decir el **pic-nic**, que a menudo consiste en asar chuletas a la brasa y en practicar un cierto grado de juego social a la **milanesa**. La leyenda de la **dolce vita** cadaquense es un invento de Henry François Rey en su libro «Los Organillos». La idea hizo cierta fortuna turística y ha traído a Cadaqués a buen número de paletos de uno y otro lado de los Pirineos, que llegan a veces en autobuses para humear a ver «qué pasa». La decepción es mayúscula, porque Cadaqués tiene más bien un aire decente, marinero. La preocupación de los moralistas se centra más bien en la posibilidad de que exista una **dolce vita** a nivel privado. Lo que existe realmente es un notable grado de libertad (siempre «para los stan-

dards). La gente se pasea por el pueblo con la camiseta de color azul desvaído, comprada por poco dinero en el mercadillo de los lunes, que parece ser el uniforme del **decontracté** cadaquense, sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que haga el prójimo. Apenas si existen **boites** o clubs nocturnos. La gente de Cadaqués no baila, como no sea en fiestas privadas «y casi por compromiso». Sin embargo, esta sensación de estar de vuelta de algunas cosas no significa que Cadaqués haya superado las barreras tradicionales de la burguesía española. No faltan pioneros, ni pioneras, pero abunda la gente con aspecto de estar deseando hacer cualquier día «una locura». No debe olvidarse que este es un país en el cual, por decirlo de alguna manera, se ha pasado directamente de leer la **Vida de Santa Teresita** a leer a Marcuse, salto de longitud, si bien se mira, de record olímpico. Lo sucedido con cierto joven barcelonés que acababa de incorporarse al juego social cadaquense es altamente ilustrativo. Educado en una familia respetable, este muchacho llegó a Cadaqués en estado de absoluta inocencia. Aprendió de prisa las reglas del juego y pronto se sintió en la obligación de abandonar sus antiguas convicciones. Un detalle reveló en seguida que el aprendizaje había sido demasiado rápido. En Cadaqués está generalizada la costumbre de saludar con un beso ritual a las mujeres de los conocidos. Bueno, pues al joven de marras hubo que llamarle la atención, porque creía que la convención social requería saludarlas besándolas ¡en la boca! El hombre no había comprendido que veranear en Cadaqués consiste, en el fondo, en respetar las reglas del juego.

Una vida plácida

La vida en Cadaqués es plácida, está muy lejos de la agitación de Playa de Aro, Salou o Benidorm. La gente sale de paseo en barca por la mañana, almuerza en casa cuando no tiene **pic-nic** y sale a la calle a

CADAQUÉS DE OFICIO,

media tarde. Existen tres o cuatro cafés que polarizan la vida social del pueblo. El Maritim, El Casino, Melitón. Los grupos se orientan hacia uno u otro local, a menudo de modo excluyente. «Jo soc home de Maritim» es una frase que significa que el que la pronuncia no va al Melitón, como se dice, ni que lo maten. No es que existan bandos, pero se observan pequeños grupos, como el que se complace en denominarse els Podrits, que son muy poco cadaqueses en el sentido «antonioniano» de la palabra. Hace unos años existía el grupo humorístico llamado de Los Clochards, especie de «hippies» en broma que orquestaban y ponían en escena, de una forma estentórea y un tanto celtibérica, la leyenda de la dulce vida. El carácter, en principio democrático, del veraneo cadaquesense no excluye la existencia de una élite, a menudo asaltada por círculos que pugnan por entrar en ella. En la terraza del Llané es posible ver algunas veces a los «grupos de presión» tomando el aperitivo a mediodía. Haría falta un estudio sociológico para determinar cómo están constituidos, aunque puede anticiparse que no funcionan solamente a niveles de Consejo de Administración. Y también que no todo lo que es Consejo de Administración pertenece a la élite de Cadaqués. A falta de mejores determinaciones, los barceloneses algo enterados de la situación describen a esta gente diciendo simplemente que es, «¿sabes?, muy Cadaqués».

He hablado ya de La Galiota, uno de los mejores restaurantes de la costa. Hay otros lugares para cenar bien. Ubaldo, Anita o el quiosco de Plu. Es Baluard es restaurante de lujo. Por lo general, se recomiendan los restaurantes del interior del pueblo más que los que están en la bahía, porque estos últimos son mucho más turísticos. De lo que no he hablado es de L'Hostal.

He aquí una institución cadaquesense. Fue fundado por un personaje que tiene algo de legendario, Pierre Lotier, y sigue siendo aún hoy el lugar que da a Cadaqués su carácter cosmopolita, predominantemente francés, que contrasta bellamente no sólo con el veraneo marinero de los barceloneses, sino, sobre todo, con la gente del pueblo. La gente de Cadaqués es muy especial. Mira todo lo que tiene a su alrededor —las minifaldas, las barbas inconformistas, los líos matrimoniales de los veraneantes— con una notable indiferencia, con una profunda falta de convicción. Los hombres, que tienen una curiosa tendencia a ponerse gorra de marino en recuerdo de las pasadas glorias, juegan por las tardes al tute subastado en el Casino. No se inmutan por nada. Conservan su aire escéptico de haber visto mucho. No se admiran de nada, e indudablemente su actitud, su falta de servilismo contribuyen a dar a Cadaqués su peculiar aspecto democrático. Nadie es allí «profeta». Ni siquiera Salvador Dalí. Las excentricidades de Dalí tienen su público en América y sorprenden a algunos periodistas madrileños. En Cadaqués, no. Un día se presentó en el pueblo con una llama joven que había traído del Perú y estuvo paseando por la calle con el animal sujeto con una cadena. Y la gente comentaba con todo el recocineo de que son capaces los ampurdaneses: «Ai uix, quin gos més lleig» («Qué perro tan feo lleva Dalí»).

Puerto sí, puerto no

Decía antes que el paisaje de Cadaqués es un asunto eminentemente político. Es exacto. Los veraneantes, y especialmente aquellos que están más ligados a Cadaqués, están unánimemente preocupados por el paisaje natural, urbanístico

y humano del pueblo. Hasta ahora han conseguido mantenerlo evitando la construcción de edificios que desentonaran del conjunto arquitectónico. Existe una norma que prohíbe edificar casas de más de dos pisos. La constante atención que se ha prestado al urbanismo y el buen gusto de los arquitectos han permitido, más o menos hasta ahora, mantener la pureza de la arquitectura del pueblo. Pero ahora, esta cuestión política ha sido puesta de nuevo sobre el tapete con motivo de la presentación en Madrid de una solicitud, firmada por un grupo de gente influyente, para la construcción de un puerto deportivo y pesquero. ¡Ahí es nada! La población veraniega de Cadaqués se ha dividido en dos bandos: propuerto y antiuerto. Ambos bandos están dispuestos a llegar hasta el fin y sacan la máquina de escribir para mandar su carta a «La Vanguardia». Los enemigos del puerto afirman que Cadaqués cambiará radicalmente si éste se construye. «Lo que ellos quieren —me dijo un antiuerto— es traer aquí señoras internacionales en yate». Y otro afirmó: «Lo malo del asunto es que los que lo han propuesto son gente influyente. Está por medio un cuñado de don Juan Antonio Samaranch». Y otro: «Lo que en realidad quieren es hacer negocio. Un puerto supone un presupuesto importante. Se gana espacio al mar y se revalorizan los terrenos lindantes. La bahía es un puerto natural. ¿Para qué hace falta un puerto? Con el puerto estropearán completamente el pueblo». «¿Estropear el pueblo? —me preguntó una señora partidaria de la construcción del puerto cuando yo le expuse las razones del otro bando—. Lo que pasa es que le dará vida». Luego se disparó y empezó a decir que los que se oponían al proyecto, por sentimientos paisajísticos, eran unos cursis, y que las señoras internacionales con yate eran muy respetables y dejarían dinero en Cadaqués. Luego añadió: «Dicen que lo hacemos para ganar dinero, pero, mira, nosotros ganamos dinero de sobra en otros sitios. No necesitamos ganarlo aquí». Un señor dijo: «Francamente, yo no veo nada de raro en construir un puerto en un sitio de mar». Y otro: «Si don Federico Rahola y Tremols, que fue el que trajo a Cadaqués todas las mejoras, hubiera pensado como ellos, todavía estaríamos sin luz eléctrica». Los partidarios del puerto afirmaban que la gente del pueblo estaba con ellos. «¿La gente del pueblo? La gente del pueblo está en contra del proyecto como un solo hombre», me dijo un acérrimo enemigo del puerto. Los dos bandos esgrimían el argumento de la opinión popular en apoyo de sus ideas. Pero una cosa es cierta: Cadaqués no dejaba a nadie indiferente. Veranear en Cadaqués no era meramente una forma de pasar el verano a la orilla del mar. Era algo parecido a un oficio. Luego, contemplando el pueblo blanco contra el paisaje natural, pensé que era muy difícil, en este lugar, sentirse totalmente extranjero. ■ L. C.

La vida de Cadaqués es plácida y está muy lejos de la agitación de Playa de Aro, Salou o Benidorm. La gente sale de paseo en barca por la mañana, almuerza en casa y sale a la calle a media tarde. La foto corresponde a la terraza del Llané.



Ahorre Miles de Pesetas

hágalo Ud. mismo fácilmente en su hogar

Con la Taladradora D500 y sus 30 diferentes accesorios es muy fácil resolver todas las tareas en su hogar, por ej.: renovar sus muebles, mantener y mejorar su coche y crear infinidad de juguetes para los niños.

En venta en ferreterías y grandes almacenes.



U1310
Accesorio
Bonete
de Lana
Ptas. 95

Black & Decker



D988 Accesorio lijadora orbital
Ptas. 800

Black & Decker



D984
Accesorio
sierra
circular
Ptas. 650

Black & Decker

Avda. Ferrocarril, 103 Hospitalet
Barcelona

Enviando este cupón le remitiremos el catálogo de taladros y accesorios «Hágalo Ud. Mismo».

Nombre:
Dirección:
Población: